

Debate / Controversy

La producción de la sociedad a través de los movimientos sociales / *The production of society by social movements*

Geoffrey Pleyers

FNRS-Université Catholique de Louvain. Bélgica / *Belgique*

Collège d'Etudes Mondiales. Francia / *France*

Geoffrey.Pleyers@uclouvain.be

***Antonio Álvarez-Benavides**

Departamento de Sociología y Trabajo Social. Universidad de Valladolid. España / *Spain*

Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologiques (CADIS). Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS-CNRS). Francia / *France*

alvarezbenavides@gmail.com

Recibido / Received: 17/10/2017

Aceptado / Accepted: 30/10/2017

RESUMEN

Siete años después del inicio de la ola global de movimientos sociales, el panorama político y social está lejos de las esperanzas democráticas que movilizaron a millones de ciudadanos. Al contrario, estamos frente a un fortalecimiento de la represión, del autoritarismo y del conservadurismo. En este contexto, ¿sigue siendo válida la aserción de Alain Touraine de que “los movimientos sociales producen la sociedad”?

Consideramos que guarda toda su relevancia cuando el análisis sobrepasa dos sesgos epistemológicos. Primero, los movimientos sociales no se resumen ni en sus impactos en la política institucional, ni en la protesta y la oposición. Segundo, además de los actores progresistas, es indispensable incluir mejor en el análisis a los movimientos conservadores y a los movimientos “desde arriba” que imponen el modelo dominante. Los conflictos entre estos actores están produciendo nuestra sociedad, sin que se pueda predecir si será más o menos democrática.

Palabras claves: Movimientos sociales, Movimientos post-2011, Democracia, 15M.

ABSTRACT

Seven years after the beginning of a global wave of movements in 2011, the political and social panorama looks very different from the democratic hopes that mobilized millions. On the opposite, we witness a strengthening of repression, authoritarianism and conservatism. In this context, is Alain Touraine's assertion that “social movements produce society” still valid?

We consider that it remains highly relevant, as long as the analysis of social movements avoids two epistemological biases. First, social movements should never been reduced to their impact on elections and institutional politics, neither to protests and. Second, in addition of progressive actors, social movement studies need to better integrate the analyses of conservative movements and of “movements from above” that impose the dominant model. The conflicts between these three sectors of movements are producing our societies. It remains to be seen who of the actors promoting democracy or those reducing it will prevail.

Keywords: Social movements, Post-2011 movements, Democracy, 15M.

***Autor para correspondencia / Corresponding author:** Antonio Álvarez-Benavides, Departamento de Sociología y Trabajo Social, Campus María Zambrano UVA, Plaza de la Universidad, 1, 40005 Segovia, España.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Pleyers, G., Álvarez-Benavides, A. (2019). La producción de la sociedad a través de los movimientos sociales. *Revista Española de Sociología*, 28 (1), 141-149.

(Doi: <http://dx.doi.org/10.22325/fes/res.2018.53>)

INTRODUCCIÓN

En 1973, Alain Touraine propuso desarrollar una “sociología de los movimientos sociales como una sociología general”, considerando a los movimientos sociales como protagonistas centrales de “la producción de la sociedad por sí misma”.

Esta propuesta parecía particularmente apropiada durante los primeros años de la década de 2010 cuando surgieron decenas de movimientos pidiendo más democracia en todos los continentes. Se inició con las primaveras árabes, los movimientos estudiantiles en Chile y Colombia, el 15M en España, y *Occupy Wall Street*. Desde 2011 y hasta la fecha, no pasa un mes sin que estalle una protesta ciudadana en algún país. En 2013, los ciudadanos se levantaron en el parque de Gezi en Estambul, en todas las ciudades de Brasil y en Hong Kong. Lejos de la atención de los medios internacionales, los ciudadanos también se organizaron en varias ciudades de Europa del Este, particularmente en Bucarest y en Sofía, y en África del Oeste. En Senegal, el movimiento “Y'en a marre” (¡Estamos hartos!) ha revivido el debate democrático y ha contribuido a poner fin a las reelecciones sucesivas de Abdoulaye Wade. *Nuit Debout* en Francia; las decenas de miles de polacos que bajaron a las calles para defender la independencia de los jueces frente al gobierno conservador; las ocupaciones de plazas públicas, de escuelas secundarias y de universidades en ciudades brasileñas; o las movilizaciones ciudadanas que lograron la dimisión de la presidenta surcoreana, son solo algunos ejemplos.

Sin embargo, ocho años después del inicio de esta ola global de movimientos sociales, el panorama político y social está lejos de las esperanzas democráticas que movilizaron a millones de ciudadanos. Con la excepción del difícil proceso tunecino, el autoritarismo y la inestabilidad crecieron en los países árabes y la revolución pacífica en Siria fue reprimida dejando decenas de miles de muertos y provocando una larga guerra. En España las políticas neoliberales y de austeridad se han intensificado. Turquía se ha vuelto un país cada vez más autoritario donde decenas de miles de ciudadanos y periodistas son silenciados y encarcelados por razones políticas. En Brasil la política sigue do-

minada por las élites y la corrupción después del golpe que llevó a Temer a la presidencia. En todos los continentes los activistas son reprimidos por el poder que pretendían derrocar. Europa sufre políticas de austeridad y de recorte de los servicios públicos, que a pesar de que se han demostrado científicamente ineficaces (Skidelsky y Fraccaroli, 2017) dominan las agendas políticas. El proteccionismo solo aparece en el debate político para proteger a las grandes empresas y al “1 %” más rico de la población. Poco queda de los sueños de *Occupy Wall Street* de un país con menos desigualdades sociales imbuido hoy por el racismo y los retrocesos sociales de la era Trump.

Todos estos hechos llevan a cuestionar el papel de los movimientos sociales como protagonistas de las transformaciones sociales. Sin embargo mantenemos que la aserción de Touraine sigue vigente si se consideran cinco propuestas que desarrollaremos en este artículo: las dos primeras se refieren a sesgos epistemológicos de las perspectivas dominantes en los estudios de movimientos sociales y las tres siguientes a la necesidad de ampliar el abanico de los actores considerados bajo el término de “movimientos sociales”.

SESGOS EPISTEMOLÓGICOS

Los movimientos sociales no se resumen en sus impactos en la política institucional

Las teorías dominantes de los movimientos sociales, como la teoría de la movilización de recursos o de las estructuras de oportunidades políticas, consideran las movilizaciones sociales desde un prisma utilitarista, como empresas colectivas de defensa de intereses que buscan movilizar recursos (McCarthy y Zald, 1977) y elegir las estrategias más eficaces para conseguir que sus intereses y objetivos se introduzcan, mantengan y extiendan en la agenda política (Tarrow, 1994). Desde esta perspectiva, los movimientos sociales serían “challengers” en la arena política institucional cuyo objetivo es influir en las decisiones de los “policy makers” para cambiar una ley, obtener nuevos derechos u orientar una política.

No cabe duda de que las estrategias dirigidas hacia el Estado acaparan una parte de las energías de muchos actores de la sociedad civil y de una parte de los movimientos sociales. Sin embargo, resumir los movimientos sociales y el cambio social a sus impactos en la política institucional o al ámbito electoral es un sesgo epistemológico muy problemático ya que impide entender la naturaleza misma y una parte importante de los logros de los movimientos sociales. Por ejemplo, el impacto del movimiento feminista no se resume en una serie de leyes concretas, va mucho más allá, puesto que ha transformado la subjetividad y el comportamiento de las mujeres y de los hombres en la vida cotidiana, en la esfera profesional y en el espacio público.

Además evaluar los resultados exclusivamente a corto plazo puede resultar muy engañoso (Tejerina, 2010). Unas semanas después del movimiento de mayo 1968, la derecha francesa obtuvo una de las victorias más amplias de su historia en las elecciones de junio. ¿Acaso este resultado invalidó el movimiento de mayo del 68? Todo lo contrario, cincuenta años después las elecciones de junio cayeron en el olvido mientras que mayo del 68 ha contribuido a una profunda transformación social y cultural.

Resumir los movimientos sociales en sus resultados en la política institucional es un sesgo particularmente problemático cuando el propósito de muchos de los movimientos democratizadores de esta década fue precisamente cuestionar la centralidad de la política institucional en las democracias del siglo XXI. En las plazas ocupadas, en las asambleas de los movimientos estudiantiles y en las múltiples iniciativas en los barrios se pretendía implementar formas múltiples de participación y acción, un cambio social por otras vías, creando “espacios de experiencia”, mostrando en las prácticas que existen alternativas y que éstas empiezan por nuestra manera de actuar a nivel individual y colectivo.

Muchos analistas se centran en las marchas y las acciones de protesta, cuando éstas son sólo la punta del iceberg de los movimientos sociales. Los movimientos progresistas de la primera parte de la década de 2010 nos recuerdan que la democracia no sólo radica en las instituciones y en las elecciones. Se trata de vivir la democracia como una

experiencia, en las prácticas cotidianas, y como un requisito personal (Glasius y Pleyers, 2013). Los activistas implementaron otras formas de relacionarse con los demás y alternativas concretas a la sociedad dominante. Muchos de los que tomaron parte en las revoluciones árabes, las acampadas del 15M, de los Occupy, del parque de Gezi o de la Nuit Debout se focalizaron más en la sociedad en general que en las altas esferas de la política:

Hay que dejar de esperar todo del Estado y de los políticos y ver cómo podemos reapropiarnos la democracia donde estamos y cambiar el mundo a partir de aquí¹. A mí no me interesa saber lo que hace el presidente. Hay que hablar de la gente, de lo que ellos hacen².

Mientras que las primeras etapas de los movimientos de los años 2010 estuvieron dominadas por posturas anti-partidistas y anti-institucionales, un número creciente de actores provenientes de estos movimientos activistas exploran ahora vías que permitan llevar sus demandas al campo de la política institucional y, combinar así, las aspiraciones de una democracia más participativa con las exigencias de la escena electoral (Della Porta *et al.*, 2017). Jeremy Corbyn, líder del partido británico laborista, o Bernie Sanders, durante las primarias democráticas en los Estados Unidos, deben parte de su éxito al eco que sus candidaturas tuvieron en los jóvenes progresistas que se volvieron a acercar a la política partidista. Lo que ha movilizó a estos jóvenes ciudadanos no son las campañas de mercadotecnia en las redes sociales, sino propuestas de una política distinta que responda a las preocupaciones de esta generación particularmente afectada por las políticas de austeridad y de precariedad laboral, así como una ética personal basada en la autenticidad y en la coherencia entre los proyectos y las acciones.

“Podemos” frecuentemente es presentado como la traducción del éxito del movimiento de los Indignados en la escena política. Pasando de las plazas a las elecciones, estos militantes han dejado de lado,

1 Activista de Nuit Debout, París, 2016.

2 Una estudiante tunesina entrevistada en el reportaje «Après le printemps... l'hiver» (Palmas *et al.*, 2017).

en parte, la lógica horizontal apostando por un líder carismático y por estrategias electorales (Álvarez Benavides, 2016), en particular a nivel nacional. El nivel local es de hecho mucho más favorable a las prácticas sociales y políticas que promueven estos movimientos, como lo muestran las experiencias en Madrid o Barcelona. Además, es importante considerar la pluralidad y variedad de articulaciones políticas que han surgido tras el 15M, como nuevas formas de sindicalismo representadas en las Mareas, o de asociacionismo activista, como la PAH, los *yayo flautas*, 15MpaRato.

Para comprender los movimientos sociales contemporáneos es necesario ir más allá de los acontecimientos más visibles y analizar las transformaciones más profundas que se producen con respecto a la ciudadanía, a la relación con el Estado y a la significación de la democracia. Debemos superar dos fracturas a menudo presentes en el análisis de la participación social y política: la separación entre la vida privada y el compromiso político, y la dicotomía entre el mundo “virtual” (internet y las redes sociales) y el mundo de la vida, de las calles y de la política “real”. Es precisamente en la hibridación entre la vida cotidiana y la política, entre los espacios virtuales y las plazas públicas, donde surgen nuevas subjetividades políticas y nuevas formas de ciudadanía, características de los movimientos sociales contemporáneos (Peyers, 2017).

Los movimientos sociales no se resumen en la protesta y la oposición

Los estudios de los movimientos sociales tienden a centrarse en los episodios concretos de protesta como si fueran lo único verdaderamente importante en los movimientos sociales. McAdam, Tarrow y Tilly (2001) propusieron de hecho cambiar el nombre del campo de investigación de las movilizaciones sociales a “contienda política” y Jim Jasper (2013) sugirió sustituir “movimientos sociales” por “protestas”.

La observación y el análisis de los movimientos “post-2011” en varios continentes nos lleva a la postura opuesta. Las marchas y las protestas solo son la punta del iceberg de los movimientos socia-

les. Muchos análisis se han limitado a los conflictos con los poderes públicos, mientras que un gran número de movimientos sociales contemporáneos han adoptado un planteamiento pre-figurativo y *performativo* del activismo (Peyers, 2010), considerando el cambio social como un proceso que empieza “aquí y ahora” a través de prácticas concretas y cotidianas. Las plazas ocupadas y la organización de las movilizaciones se volvieron “espacios de experiencia”, entendidos como “lugares distanciados de la sociedad capitalista que permiten a los actores vivir de acuerdo con sus propios principios, entablar relaciones diferentes y expresar su subjetividad” (Peyers, 2009; McDonald, 2006). Mientras que el militatismo clásico propone luchar para tomar el poder o adoptar prácticas de contrapoder, que tienen como objetivo contrarrestar los órganos de poder y la influencia de las grandes empresas, estos alter-activistas buscan crear espacios de experiencia y de experimentación donde reducir las relaciones de poder y de dominación (Holloway, 2002), fuera de la ideología mercantil y capitalista.

El 15M denunció la corrupción del poder político y exigió al mismo tiempo una concepción de la política más ética, que se resumía en “más y mejor democracia” (Díez, 2017). Sin embargo, solo una parte de la energía que desbordó las movilizaciones se focalizó en la crítica política, para centrarse y dedicarse a la implementación de prácticas democráticas en todas las formas y momentos de movilización y a construir relaciones interpersonales de calidad, haciendo énfasis en cada uno de los barrios, las acampadas o en la organización del movimiento (Della Porta, 2015). El 15M fue propositivo, creativo, no solo reivindicativo. Las asambleas, debates, mesas, actividades, iniciativas culturales, fueron mucho más allá de manifestarse contra el poder establecido.

Los activistas de los movimientos de las plazas ocupadas tienen una concepción de la democracia pensada como una cultura que se despliega en prácticas cívicas, no se limita a un asunto institucional: “*La democracia es una forma de vida. Es vivir con las otras personas como son*”³.

3 Estudiante egipcio, ingeniero, entrevistado en el FSM de 2013 en Túnez.

Esta perspectiva y el trabajo de campo en los barrios de las ciudades cuestiona la idea de que los movimientos de las plazas “desaparecen tan rápidamente como aparecieron”. Basta con pasar unos días en algunos barrios de Madrid o de Brooklyn para constatar el impacto que tuvieron movimientos como el 15M o Occupy Wall Street a nivel local. En Nueva York, las redes de solidaridad y de autonomía local producidas por Occupy Wall Street se volvieron visibles después de las inundaciones que sufrió la ciudad con el huracán Sandy, bajo el eslogan “Occupy Sandy”.

La reducción de la intensidad en las movilizaciones o la visibilidad de éstas cuando se producen en el espacio público puede responder a ciclos, pero también a una variación en las formas en las que se produce dicho activismo, pasando de ocupaciones muy mediatizadas a modalidades menos visibles. Como resumía una activista de los indignados que ocuparon la plaza de La Défense en París en 2011:

Aprendimos lo que teníamos que aprender en las plazas. Ha sido una experiencia intensa, pero no tenía sentido de seguir ocupando la plaza para siempre. Ahora estamos implementando lo que hemos aprendido en muchas alternativas, en grupos de activistas, en nuestros barrios, donde estamos.

Más que “cambiar la política”, el objetivo propio de muchos movimientos sociales es “cambiar la vida”. La contribución principal de los movimientos progresistas a una transformación de la sociedad no es cambiar el panorama electoral, sino proponer otro sentido y otras perspectivas sobre lo que significa la democracia en el siglo XXI, recordar las promesas de justicia social que tenían los proyectos modernizadores y la dignidad de cada persona. A partir de las plazas, de iniciativas ciudadanas concretas o de su vida cotidiana, los activistas cuestionan la ideología dominante y lo que significa la “buena vida” y la felicidad. Cuando la sociedad neoliberal difunde una imagen de la buena vida como el acceso a la sociedad del consumo, en los barrios y en el campo, activistas de todas las edades crean elementos de una vida distinta, donde el “buen vivir” se define más por la calidad de las relaciones sociales que por la cantidad de bienes consumidos. Por lo tanto, es esencial entender a los movimientos sociales tam-

bién como productores de significados (Eyerman y Jamison, 1991) y de conocimientos (Santos, 2006).

¿QUÉ MOVIMIENTOS SOCIALES?

Ahora bien, tomar en cuenta estos sesgos y las dimensiones culturales, cognitivas y subjetivas de los movimientos sociales, no debe esconder el hecho de que los movimientos progresistas recientes no han transformado las sociedades y las relaciones con la política institucional en la magnitud que muchos esperaban en 2011. Hasta el punto de que ocho años después es legítimo dudar de su capacidad de influir sobre la transformación de la sociedad, cuando el Partido Popular está en el poder desde 2011, Erdogan se ha vuelto más autoritario después del movimiento de Gezi y Trump gobierna en el país de Occupy Wall Street. Entonces ¿los movimientos sociales siguen produciendo la sociedad? Así es, y para sostener esta perspectiva epistemológica la precisamos a través de tres propuestas.

Los movimientos sociales contribuyen a producir la sociedad, pero no son los únicos actores

Si bien mantenemos que los movimientos sociales producen la sociedad, no son los únicos actores en juego. Es imperativo integrar en el análisis de los movimientos sociales los procesos sociales de distinta índole que reproducen la sociedad y dificultan o impiden los cambios sociales, como son las matrices socio-políticas (Garretón, 2016), las instituciones, o las costumbres y las visiones del mundo de la población. Los activistas de los movimientos sociales, como muchos de sus analistas, suelen subestimar estas estructuras y actores que contribuyen a la reproducción la sociedad y a la apatía, y así ha ocurrido con los movimientos “post-2010”.

El caso de Chile es particularmente claro en este asunto. Un movimiento estudiantil muy importante surgió en 2011, pero varios de sus líderes fueron absorbidos por la política partidista e institucional mientras la “matriz socio-política” chilena se mantuvo con pocos cambios (Garretón, 2016). El movimiento estudiantil de 2011 impulsó un cuestionamiento

profundo del modelo neoliberal y de la idea de que era un modelo justo donde se recompensa el mérito (Araujo y Martucceli, 2012), pero los actores del sistema político y del modelo socio-económico supieron integrar algunos elementos de las reivindicaciones y algunos actores de las protestas sin transformarse en profundidad como lo exigían los actores del movimiento de 2011.

En España, Juventud Sin Futuro, el colectivo alter-activista que para muchos fue el germen del 15M (Alonso, Betancory y Cilleros, 2015), denunció de manera sistemática la precaria situación de la juventud española, agravada por la crisis económica. Si atendemos a la situación actual de la juventud española y hacemos una revisión de los objetivos del colectivo, a pesar de que varios de sus miembros han pasado a la política institucional, parece que sus logros tienen una dimensión más personal que colectiva (Álvarez-Benavides, 2016a).

Movimientos “desde arriba”

Si mantenemos que los movimientos sociales contribuyen a la producción de la sociedad, es indispensable mencionar que no solo producen la sociedad los movimientos progresistas.

Alain Touraine (1973) recomendaba analizar como movimientos sociales tanto los actores contestatarios como los actores “dominantes y dirigentes”, ya que la producción de la sociedad resulta de sus conflictos alrededor de orientaciones normativas compartidas. Si bien Touraine y su equipo no implementaron esta propuesta teórica en sus estudios empíricos de los “nuevos movimientos sociales”, esta perspectiva cobra mayor relevancia en nuestros tiempos.

Tomás Mulián (1997) demostró que el neoliberalismo fue impuesto en Chile por una revolución conservadora que se apoyaba en la represión pero también en una visión del mundo consistente y en estrategias eficaces para difundirla entre la población. Contaron con el apoyo de jóvenes conservadores (Muñoz, 2016), organizados en un movimiento que adoptó varios elementos del repertorio de acción, de discurso y de comunicación de los movimientos de la época.

Debemos analizarlos también como un movimiento social, con estrategias eficaces no solo para tener un impacto en las decisiones políticas, sino también para formatear las mentalidades y las subjetividades de la gente y mantener su hegemonía ideológica (Gramsci, 2013). En esta perspectiva, Laurence Cox y Alf Nilsen adoptaron una perspectiva estimulante para analizar el neoliberalismo como un “movimiento social desde arriba” (Cox y Nilsen, 2017).

Al menos cuatro aspectos de estos estudios resultan particularmente interesantes para destacar y analizar el protagonismo de estos “movimientos desde arriba”:

—Analizar la visión del mundo y la coherencia ideológica de los proyectos de estos actores dominantes (Mulián, 1997).

—La conformación de una clase (Carroll, 2010) o de redes de élites capitalistas nacionales e internacionales (Murray, 2017).

—El peso de los lobbies, tanto en los Estados Unidos (Nestle, 2009), como en España (Castillo *et al.*, 2017) o a nivel europeo (Bernhagen y Marshall, 2015).

—Los análisis del poder de los medios de comunicación de masas, que “manufacturan el consenso” entre la población. Jugaron un papel decisivo en el referéndum para el Brexit en Inglaterra. En el estudio de los movimientos sociales contemporáneos en ocasiones tendemos a sobrevalorar el poder de las redes sociales y de internet y subvalorar los medios masivos. Las redes sociales produjeron un cambio paradigmático en las formas y en las capacidades del activismo, pero éstas no sustituyen a los medios de comunicación tradicionales, que mantienen un poder de influencia considerable (Romanos, 2016). En este contexto, son útiles los estudios que apuntan a la concentración de la propiedad de los medios de masas (Palacios, 2015) y a la colusión entre las élites políticas, económicas y mediáticas en muchos países (Mayorga, 2010).

Movimientos conservadores

Cuando la opinión pública y muchos analistas estaban enfocados en el surgimiento de movimientos

progresistas en Estados Unidos (Occupy Wall Street), en Turquía (el movimiento del parque de Gezi) o en Brasil (las movilizaciones de 2013), pocos vieron que también se estaban reforzando los movimientos conservadores, nacionalistas y xenófobos en estos países y en muchas regiones del mundo.

El movimiento conservador radical islamista atrajo tanto a jóvenes de todos los países occidentales como del mundo árabe y se apoyó en el poder de Internet y de las redes sociales. Los supremacistas blancos y los “patriots” constituyen un movimiento muy minoritario pero influyente en Estados Unidos (Blee, 2010) y formaron la base militante de la campaña de Trump. Los nacionalistas ingleses lograron ganar el referéndum para el Brexit. En Turquía, el giro autoritario e islamista del presidente Erdogan encuentra un apoyo de una parte amplia de la población y de poderosos movimientos conservadores. Los gobiernos nacionalistas y xenófobos de Hungría y Polonia se apoyan en amplios movimientos conservadores, como lo hace Vladimir Putin en Rusia. En Brasil, el movimiento de 2013 abrió un nuevo ciclo de protestas para los ciudadanos progresistas (sobre los cuales se enfocaron muchas investigaciones) pero también para los actores conservadores (Bringel y Pleyers, 2015), que con el apoyo de las élites capitalistas y mediáticas promovieron el golpe de estado que derrocó a la presidenta Dilma. En el caso español, las élites postfranquistas tienen un peso fundamental en el mantenimiento del *status quo* conservador, a pesar de los escándalos de corrupción, pero también han surgido nuevas iniciativas “alternativas”, que ocupan edificios, se manifiestan, o hacen campañas de donación de alimentos para “Españoles”, como Hogar Social, que han tenido un impacto relativo tanto en los medios de comunicación tradicionales como en las redes sociales y cierto calado en algunas esferas de la sociedad.

CONCLUSIONES

Ocho años después de 2010, muchas esperanzas de los movimientos democratizadores han dado paso a un aumento del autoritarismo y del neo-conservatismo. Sin embargo mantenemos la propuesta

según la cual “los movimientos sociales producen la sociedad”, pero no solo los “buenos” movimientos o aquellos con los que nos sentimos más identificados. Por lo tanto, es importante el resurgir de un número creciente de investigaciones empíricas que analizan los movimientos conservadores y subrayan su amplio impacto en la esfera pública (Kuhar y Paternotte, 2017). Es fundamental integrar estas investigaciones en un diálogo fértil entre estudios de movimientos conservadores y progresistas así como entre movimientos “desde arriba” y “desde abajo”. La clave para entender el protagonismo de los movimientos sociales y sus contribuciones a la producción de la sociedad de hoy y de mañana (Schulz, 2016) reside en una mejor comprensión de cada uno de estos sectores de movimientos y sobre todo de sus interacciones y de los conflictos que les oponen en términos de fuerzas políticas, cambios culturales, transformaciones de las subjetividades y de cosmovisiones.

Es esencial abrir el estudio de los movimientos sociales a perspectivas y a actores que no son propiamente nuevos en el campo, pero que se quedaron fuera del marco analítico predominante: los impactos culturales y subjetivos, las prácticas cotidianas y los cambios personales, los movimientos conservadores y los actores “desde arriba” como movimientos sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso, L. E., Betancor, G., Cilleros, R. (2015). Nuevos y novísimos movimientos sociales: una aproximación al activismo social en la España actual. En C. Torres (ed.), *España 2015. Situación social* (pp. 1126-1148). Madrid: CIS.
- Álvarez-Benavides, A. (2016a). Juventud Sin Futuro: précarité, subjectivité et alteractivisme dans la jeunesse espagnole. *Agora Débats/Jeunesse*, 73, 105-107.
- Álvarez-Benavides, A. (2016). De la subjectivation à l’institutionnalisation. L’Espagne, le 15M et Podemos. En G. Pleyers, B. Capitaine (ed.), *Mouvements sociaux. Quand le sujet devient acteur* (pp. 101-114). Paris: Editions de la Maison des Sciences de l’Homme.

- Araujo, K., Martucceli, D. (2012) *Desafíos comunes*. Santiago: LOM.
- Bernhagen, P., Dür, A., Marshall, D. (2015). Information or context: what accounts for positional proximity between the European Commission and lobbyists? *Journal of European Public Policy*, 22: 4, 570-587.
- Blee, K., Creasap, K. (2010). Conservative and Right-Wing Movements. *Annual Review of Sociology*, 36, 269-286.
- Blyth, M. (2013). *Austerity: The history of a dangerous idea*. Oxford: Oxford University Press.
- Bringel, B., Pleyers, G. (2015). Junho de 2013... Dois anos depois: polarização, impactos e reconfiguração do ativismo no Brasil. *Nueva Sociedad*, 2015 (2), 4-17.
- Carroll, W. (2010). *The making of a transnational capitalist class*. London: Zed books.
- Castillo, A., Smolak, E., Fernández, A. (2017). Lobby y comunicación en España. Análisis de su presencia en los diarios de referencia. *Revista Latina de Comunicación Social*, 72, 783-802.
- Cox, L., Nilsen, A. (2017). Reading neoliberalism as a social movement from above. *Theoria*, 35, 118-128.
- Della Porta, D. (2015). Del 15M a Podemos: resistencia en tiempos de recesión. *Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 9. (En línea). <http://www.encrucijadas.org/index.php/ojs/article/view/162/146>, Acceso 4 de agosto de 2017.
- Della Porta, D. (2017). *Late Neoliberalism and its Discontents in the Economic Crisis. Comparing Social Movements in the European Periphery*. Basingstoke: Macmillan.
- Díez, R. (2017). The “indignados” in Space and Time: Transnational Networks and Historical Roots. *Global Society*, 31 (1), 43-64.
- Eyerman, R., Jamison, A. (1991). *Social movements. A cognitive approach*. Cambridge: Polity.
- Garretón, M. A. (2016). *La gran ruptura. Institucionalidad política y actores sociales en el Chile*. Santiago: LOM.
- Glasius, M., Pleyers, G. (2013). The movement of 2011: Democracy, social justice, dignity. *Development and Change*, 44 (3), 547-567.
- Gramsci, A. (2013). *Antología*. Madrid: Akal.
- Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Buenos Aires: Herramienta.
- Jasper, J. (2013). *Protest. A cultural approach*. Cambridge: Polity.
- Kuhar, R., Paternotte, D. (eds.) (2017). *Anti-Gender Campaigns in Europe. Mobilizing against Equality*. London: Rowman.
- Laraña, E. (1994). *La construcción de los movimientos sociales*. Alianza: Madrid.
- Mayorga, A., del Valle, C., Nitrhual, L. (2010). Concentración de la propiedad de los medios de comunicación en Chile. La compleja relación entre oligopolio y democracia. *Anagramas*, 9 (17), 131-148.
- McAdam, D., Tarrow, S., Tilly, Ch. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Madrid: Hacer.
- McCarthy, J., Zald, M. (1977). Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory. *American Journal of Sociology*, 82, 1212-1241.
- McDonald, K. (2006). *Global movements*. London: Blackwell.
- Mulán, T. (1997). *Chile actual*. Santiago: LOM.
- Muñoz, V. (2016). *Historia de la UDI*. Santiago: Ediciones Universidad Hurtado.
- Murray J. (2017). Interlock Globally, Act Domestically: Corporate Political Unity in the 21st Century. *American Journal of Sociology*, 122 (6), 1617-1663.
- Nestle, M. (2009). *Food politics*. Los Angeles: University of California Press.
- Palacios, L. (2014). Grupos de comunicación en España: una propiedad tan concentrada como el negocio. *Cuadernos de periodistas: revista de la Asociación de la Prensa de Madrid*, 28, 33-40.
- Palmas, L., Stagi, L., Diaco, A., Abbes, K., Trabelsi, S. (2017). *Tunisie: Après le printemps, l'hiver*. Genova: Laboratorio di Sociologia Visuale, Università di Genova.
- Pleyers, G. (2009). Autonomías locales y subjetividades en contra del neoliberalismo: hacia un nuevo paradigma para entender los movimientos sociales contemporáneos. En F. Mestries, G. Pleyers, S. Zermeño (coord). *Los movimientos sociales de lo local a lo global*. Barcelona: Anthropos.
- Pleyers, G. (2010). *Alter-globalization. Becoming actors in the global age*. Cambridge: Polity.

- Pleyers, G. (2017). Los movimientos de las plazas en el decenio 2010. *Movimientos* (1): 80-105.
- Romanos, E. (2016). De Tahrir a Wall Street por la Puerta del Sol: la difusión transnacional de los movimientos sociales en perspectiva comparada. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 154, 103-118.
- Schulz, M. (2016). Debating futures: Global trends, alternative visions, and public discourse. *International Sociology*, 31, 3-20.
- Skidelsky, R., Fracarroli, N. (2017). *Austerity vs Stimulus: The Political Future of Economic Recovery*. Palgrave: Macmillan.
- Santos, B. (2014). *Epistemologías del Sur*. Madrid: Akal.
- Tarrow, S. (1994). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Tejerina, B. (2010). *La sociedad imaginada. Movimientos sociales y cambio cultural en España*. Madrid: Trotta.
- Touraine, A. (1973). *Production de la société*. Paris: Seuil.

NOTA BIOGRÁFICA

Geoffrey Pleyers es investigador FNRS y profesor en la Universidad Católica de Lovaina. Es presidente del comité de investigación 47 “Movimientos

sociales” de la Asociación Internacional de Sociología y coordina el programa “Movimientos sociales” del Collège d’Etudes Mondiales (FMSH) en París. Enseña la sociología de los movimientos sociales en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales y ha sido profesor invitado en siete universidades latino-americanas. Es autor de “Alter-Globalization. Becoming actor in the global age” (Polity, 2011) y ha coordinado 14 libros incluyendo “México en movimientos” (con M. Garza, 2017) y “Protestas e indignación global” (con B. Bringel, 2017).

Antonio Álvarez-Benavides es doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid y por la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Es profesor en la Universidad de Valladolid e investigador en el Centre d’Analyse et d’Intervention Sociologiques (CADIS-EHESS) y en el Grupo de Estudios Socioculturales Contemporáneos (GRESO-UCM). Ha sido profesor en la UNED, la Universidad Carlos III de Madrid y en la UNIR, y ha participado en más de veinte proyectos de investigación e intervención social en el ámbito público y privado, a nivel nacional e internacional. Cuenta con una veintena de publicaciones y colaboraciones en libros en España, Francia, Rumanía, Polonia y Argelia. Sus trabajos abordan la sociología de los movimientos sociales, la teoría sociológica, la sociología de las migraciones y la intervención social.

